



Eudora Welty

Una vida resguardada

La obra de Eudora Welty (1909-2001) están ahora mismo muy visibles en las librerías españolas (Impedimenta ha recuperado algunas novelas y la editorial DeBolsillo, los relatos). Es, pues, una oportunidad excelente para descubrir a esta maestra del cuento moderno, de estirpe chejoviana, y tan sutil como profundamente lírica. **texto CARLES BARBA**

En el primer decenio del siglo XX, cuando Eudora Welty nace, el Sur norteamericano era un yermo cultural. "Sus habitantes no publicaban, no escribían, no leían", recordaba una de sus primeras novelistas, Ellen Glasgow. Pues bien, en los siguientes cincuenta años, los viejos estados confederados no sólo despertarán de ese letargo (*El despertar* es precisamente el título más significativo de otra pionera novelista de la zona, Kate Chopin), sino que alumbrarán a una impresionante nómina de escritores profundamente enraizados, entre los cuales William Faulkner, Tennessee Williams, James Agee o Truman Capote, así como a una distinguida pléyade de narradoras, que incluye a Katherine Anne Porter, Flannery O'Connor, Carson McCullers, Margaret Mitchell, Harper Lee y, naturalmente, Eudora Welty. Ésta última tendrá entre nosotros una introducción más lenta y tardía, acaso por ser la más sureña, tanto en tipos y paisajes como en lenguaje. De hecho, la Academia de Estocolmo se resistió a concederle el Nobel por considerarla demasiado regional. Hay que recordar a este respecto que, cuando hace unos años la escritora Alice Munro fue acusada de localista por un crítico, respondió como un rayo: "Si se me juzga localista como Eudora Welty, entonces no me importa lo más mínimo, lo tomo como un elogio".

Hoy nadie discute a la autora sureña su condición de clásico universal -"probablemente, la mejor cuentista estadounidense viva", decía Harold Bloom en 2000- y la Library of America reconoció este estatus cuando en 1998 la incluyó en su catálogo (con dos tomos, uno de *Stories, Essays and Memoirs* y otro de *Complete Novels*), lo que la convirtió en la primera figura viva en ingresar en este panteón. Considerada en sus últimos años la gran dama de las letras americanas, siempre contó con un selecto grupo de devotos, entre los que se cuentan Richard Ford, Joyce Carol Oates, Ann Tyler, la citada Alice Munro o Annie Leibovitz, que la retrató memorablemente en 1997, despeinada y embutida en un abrigo beis. En su Jackson natal, donde se crió y vivió toda su vida, se la tenía por una especie de Palas Atenea y desde hace años, en todo el estado de Mississippi, el 2 de mayo es el día de Eudora Welty. Salman Rushdie acaba de seleccionar sus *Collected Stories* como uno de

los libros que patrocina para los clientes de un exclusivo hotel de Manhattan, el Standard Hotel.

Eudora fue la primogénita de una familia compuesta por otros dos hermanos, Edward (tres años más pequeño) y Walter (seis años menor). Sus padres no eran del Sur. Christian Welty nació en una granja de Ohio y más adelante devino maestro en West Virginia; en aquella escuela intimó con una colega docente, Chestina Andrews, y en cuanto se casaron emigraron a Jackson para mejorar su suerte. En pocos años, papá Welty pasó de contable de una compañía de seguros a ser su presidente. Eudora, nacida el 13 de abril de 1909, se recordaba a sí misma una niña feliz, en una casa donde sus padres se leían el uno al otro sus libros favoritos o se tarareaban arias de operas y operetas de una habitación a otra. Christian imbuyó a su hija la afición a los telescopios, barómetros, lupas y caleidoscopios (y a una Kodak de fuelle), y la madre le contagió su amor a la lectura, particularmente a las novelas de Dickens, Stevenson, Scott o las Brontë, en las que Chestina "se sumergía como una hedonista". Al parecer, en el hogar de los Welty se leía a todas horas y en todas las dependencias -el porche, los dormitorios, la cocina-, y Eudora reclamaba cuentos de todas clases (góticos, de hadas, de *Las mil y una noches*...). Su temprano contacto con la ficción como oyente dará luego a sus propias historias una cualidad oral muy espontánea. De la misma manera que la contemplación de las estrellas o la afición a tomar fotos entrenará su ojo hacia la realidad exterior y la convertirá en una aguda observadora de los más insospechados matices del mundo visible.

Todo eso lo cuenta la propia interesada en *One Writer's Beginnings*, un delicioso libro de memorias escrito a los 75 años en el que correlaciona sus recuerdos de niñez con los resortes de su praxis literaria. La autora explicó allí cómo sus padres, de chica, la enviaron a estudiar a la vecina escuela primaria Jefferson Davies y cómo (cuando en una ocasión enfermó) seguía oyendo desde su cuarto las lecciones que impartía su maestra, una tal Miss Duling, que a la mínima transgresión del orden, agitaba una conminatoria campanilla de latón. Este libro fue por cierto traducido en 1988 por el recientemente desaparecido Miguel Martínez Lage y editado por Montesinos con el título de *La palabra heredada*, y sería

muy deseable que se recuperara, pues es una pequeña joya del género autobiográfico. Inicialmente concebido en forma de conferencias impartidas en Harvard, la obra devino un *best seller* inesperado en 1984 y se mantuvo durante meses entre los más vendidos del *New York Times*.

Tres años en el Sur

Parece ser que, desde muy joven, Eudora se sintió inclinada a escribir. Tras prolongar sus estudios en el Mississippi State College for Women y obtener después una licenciatura en la Universidad de Wisconsin, su padre la animó a estudiar

relato publicado, *Muerte de un viajante*. Su director, John Root, le contestó al envío en términos muy halagadores: "Sin la menor duda, podemos decir que *Muerte de un viajante* es una de las mejores historias que se han sometido a nuestra consideración, y una de las mejores historias que hayamos leído nunca. Está escrita soberbiamente". La joven siguió enhebrando cuentos y, entre 1936 y 1939, consiguió colocar seis en *The Southern Review*, que dirigía Robert Penn Warren. Katherine Anne Porter los leyó y se los recomendó de inmediato a Ford Madox Ford, quien también de sintió cautivado



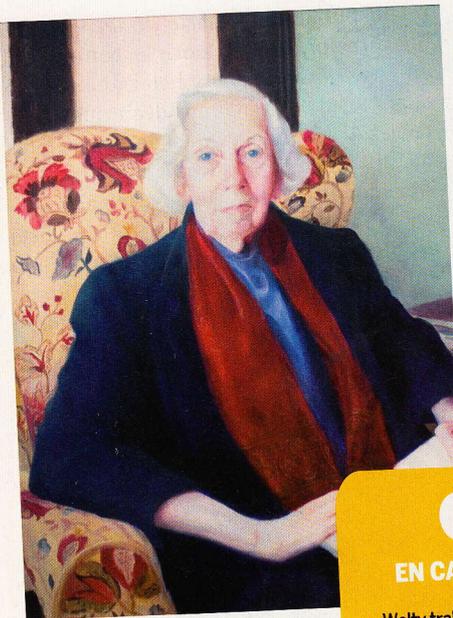
La escritora paseando por las calles de Nueva York a principios de los años 1930.

publicidad en la Universidad de Columbia, deseoso de asegurarle unos mínimos ingresos económicos. Su estancia en Nueva York coincidió con la llamada The Harlem Renaissance, y la joven pudo disfrutar de espléndidos montajes teatrales y excelentes sesiones de jazz. En 1931, su progenitor murió inesperadamente a los 52 años y Eudora hubo de volver a Jackson y aceptar ocasionales empleos en una emisora de radio y una correspondencia para un diario de Memphis. En todo caso, en 1933 el presidente Roosevelt puso en marcha la Works Progress Administration, una campaña para dar trabajo a una población desmoralizada por la aún coleante Gran Depresión, y Welty se sumó a la misma, recorriendo durante tres años territorio sudista en calidad de periodista.

En 1936, una revista sureña, *Manuscript*, le aceptó el que sería su primer

La Academia de Estocolmo le negó el Nobel por considerarla "demasiado regional".

por ellos, sólo que no pudo apadrinarlos como quería porque murió a las pocas semanas. Al final, el mediador decisivo en el despegue de nuestra autora fue Diarmuid Russell, un agente literario que la convenció para reunir diecisiete piezas en un solo volumen, *Una cortina de follaje*, y se las apañó para que el sello Doubleday lanzara el libro en 1941. Las ventas fueron flojas pero la recepción crítica, muy buena, y desde entonces algunas de estas *short stories* figuran ineludiblemente en las antologías, y una de ellas



Welty según M. Nungester Wolfe.



La escritora en su domicilio, rodeada de manuscritos y libros.



EN CALIENTE

Welty trabajaba, por lo general, con lentitud, bordando laboriosamente sus historias, mimando cada detalle. Pero hay dos relatos que escribió de una sentada, en reacción a una vivencia punzante. *Powerhouse* (1941) surgió al recordar un concierto de jazz al que asistió en Nueva York y que protagonizó el pianista Fats Waller. La historia rebosa vitalidad y viene a decir que la energía del jazz (y de la creatividad en general) disuelve las distancias entre los seres humanos (aquí, audiencia blanca e intérpretes de color) y los funde en hermandad. El otro relato garrapateado en un raptó es *¿De dónde viene la voz?* (1963), escrito en reacción al asesinato del defensor de los derechos humanos Medgar Evers. Eudora se puso nada menos que en la piel del asesino y la historia se va desgranando desde su punto de vista.

-Por qué vivo en la oficina de correos- ha dado origen a un *software* de correo electrónico (de nombre Eudora) creado por Steve Dorner.

En 1943 apareció otro manojo de historias, *La red grande* (ocho piezas más extensas que las anteriores y que recibieron reseñas más desiguales), con las que su autora reafirmó sus dotes de retratista de la vida en minúscula. Y en 1949 salió su colección de cuentos más madura y redonda, *Las manzanas doradas*, siete relatos interconectados en torno a un grupo de familias que habitan una urbe inventada, el pueblo de Morgana, en el condado de MacLain, Mississippi. El tomo, por su entrelazamiento, se puede comparar a *In Our Time* de Hemingway o a *Go Down, Moses* de Faulkner, y, por debajo de su ambientación netamente local, remite intertextualmente a la poesía de Yeats, los cuentos de hadas, las leyendas artúricas y la mitología griega.

El mejor lugar

En esa misma década de fecunda productividad, Welty escribe también dos novelas, *La novia del bandido* y *Boda*

en el Delta, con las que sigue pintando con registros realistas, líricos y a veces cómicos, viñetas de la vida sureña en la época de la Depresión. Tanto en los cuentos como en las ficciones largas, se hace patente su prodigioso oído para la lengua coloquial, su empatía hacia los seres solitarios y al margen de la sociedad, y una aguzada sensibilidad lo mismo hacia los fenómenos de la Naturaleza (los rumores del bosque, las crecidas del Mississippi) que hacia los trajines de la vida doméstica. Como su admirada Jane Austen, Eudora Welty fue básicamente una sedentaria, apegada a su pequeño rincón de Jackson. Y, como su no menos admirado Flaubert, se pasó años y años viviendo soltera al lado de su madre, espionando el mundo tras los setos de su jardín. Cuando se le decía que llevaba una existencia resguardada, contestaba: "Una vida resguardada puede ser también una vida atrevida. Porque todo atrevimiento serio procede del interior". Pasó naturalmente algunas temporadas fuera de casa (vivió de joven la bohemia neoyorquina, se enamoró de San Francisco y se quedó allí

Sus vecinos la conocían como "the perfect lady" por su modestia y exquisitos modales.

medio año, estuvo también en el taller de escritores de Yaddo, e hizo varios viajes a Europa, en concreto a Irlanda, Inglaterra, Francia e Italia), pero su atmósfera natural estaba entre el vecindario de Jackson, donde llegó a ser muy querida por su modestia y modales ("the perfect lady", ésa era su reputación allí). Además, Welty hizo de este enraizamiento una profesión de fe artística y en el ensayo *The Place in Fiction* defendió su cosmovisión microscópica: "Un lugar bien asimilado puede hacernos entender mejor otros lugares. El sentido del espacio aporta equilibrio. Extendido, ese sentido aporta orientación". Por ende, su entrañamiento con el Sur le dió una comprensión instintiva del mundo de los negros, quienes en cuentos como *Keela, la muchacha india tullida* o *Sendero trillado*, están caracterizados con maravillosa viveza y sin el más mínimo rescoldo racista. Toni Morrison le ha reconocido esta virtud: "Escribía sobre la gente de color de una manera en la que muy pocos blancos han sido capaces de escribir. Nunca los trata con superioridad, ni con sentimentalismo: los describe tal como deberían

descritos". Ello no la libró, en cualquier caso, del reproche de cierta crítica militante, que le echaba en cara no haber denunciado en su narrativa el racismo. A lo que Welty contestó con un corto ensayo, *Must the Novelist Crusade?*, donde decía que la ficción no ha de ser nunca instrumento de reforma de la sociedad. Por lo demás, el feminismo radical siempre le pareció una pataleta estéril. Nunca creyó que las escritoras -por su condición de mujeres- estuvieran en desventaja a la hora de hacerse un lugar en el mundo de la literatura. En 1950 (con 25 años) desde luego ella ocupaba ya un espacio en el canon norteamericano y era querida con asiduidad por las más importantes universidades (desde Berkeley a Yale, desde Cambridge a Oxford) para impartir conferencias.

Tierra, la familia, la memoria

En 1950, precisamente, hizo un largo y transformador viaje por Europa, y en su vida pasó una temporada en casa de la escritora Elizabeth Bowen. Fruto de ese periplo será su cuarta y última colección de relatos, *La novia de Innisfree* (1955), que incluye una de sus mejores historias, *No es lugar para ti, mi amor*, editada por Richard Ford para su *Antología del cuento norteamericano*, y la única de ambiente sureño (el resto están encuadradas en escenarios británicos e irlandeses). Welty dedicó el volumen a Eudora Welty y a Lorrie Moore (en un artículo publicado en *The New York Review of Books*) cree que durante su estadía en Irlanda, Eudora se enamoró perdidamente de su hermana y cicerone. El lesbianismo es una hipótesis que la biógrafa oficial de Eudora Welty -Suzanne Marrs- nunca baraja. La obra sentimental de la autora de Jackson, en todo caso, ofrece pocos indicios de una heterosexualidad maniada. Durante diecisiete años, su gran amor fue el escritor John Robinson, un homosexual al que conoció en la costa de Florida y a quien dedicó más tarde *Boda Delta*. Su otra relación íntima con un hombre cuajó cuando ella andaba en la sesentena, y fue también con el escritor (éste casado), Kenneth Miller, célebre sobre todo por sus novelas policíacas firmadas con el seudónimo de Ross McDonald. Se conocieron en el Bonquin Hotel de Nueva York y se casaron en el acto, pero su *liaison* se definió sobre todo epistolarmente) y terminó de romántica.

Entre 1955 y 1970, la cada vez más premiada y agasajada narradora publicará apenas ficción, ocupada sobre todo en dar cursos de escritura y atender compromisos académicos. En 1959 pasó un mal trago al morir -de artritis- su hermano pequeño, Walter. Y, en los años 1960, hubo de estar muy pendiente de su achacosa madre, que acabó falleciendo a principios de 1966. La puntilla fue la muerte, al cabo de pocos días, de su otro hermano, el mayor, Edward, que sucumbió a un derrame cerebral. La hipersensible escritora salió devastada por estas pérdidas y tardó mucho en volver

No creía que la ficción debiera reformar la sociedad y el feminismo le parecía una pataleta.

a empuñar la pluma. En 1970 y 1972 regresará por fin a la palestra con dos novelas, *Las batallas perdidas* y *La hija del optimista* (editadas aquí por Impedimenta). En la primera estuvo trabajando quince años y desgrana dos días en la vida de la comunidad de Banner, al norte del Mississippi. Una familia se reúne en torno a Granny Vaughn para celebrar su 90 aniversario. Con la otra novela, la ya sesentona escritora obtuvo el premio Pulitzer y sintió que había establecido una continuidad con su pasado, puesto que en ella retrata indirectamente a su madre y abuelos maternos. Esta consustancialidad con sus orígenes le fue siempre muy necesaria y, por otra parte, las

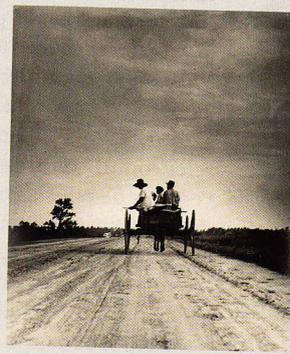
personas que entraban en su vida con buen pie ocupaban ya luego un lugar sagrado en su corazón. Por ello se resintió mucho de las muertes en 1973 de Elizabeth Bowen y en 1974 de Diarmuid Russell, su fidelísimo agente. Y resultó otro golpe la enfermedad de Alzheimer contraída por Kenneth Millar, quien hasta entonces había sido uno de sus confidentes más recurrentes.

Todas estas desgracias, y el natural desgaste de la edad, le hicieron cada vez más arduo el trabajo en el que más había descollado, la prosa de ficción. En 1978 produjo un importante ensayo literario, *The Eye of the Story*, y, en 1984, *One Writer's Beginnings*, el pequeño volumen autobiográfico que la acercó al gran público. Sus últimas grandes alegrías como escritora serían ver editadas en bellas encuadernaciones sus *Collected Stories* (1980) y los dos tomos de sus obras completas por la Library of America (1998). Murió a los 92 años, de un fallo cardíaco pulmonar, el 23 de julio de 2001, y está enterrada en el Jackson's Greenwood Cemetery, bajo un imponente magnolio y al lado de un hermano de meses que falleció poco antes de nacer ella.

Eudora Welty insufló al arte del relato corto, magia, humor y a veces un punto de terror escalofriante. Describió la ficción como "a personal act of vision" y escribió de acuerdo con esa poética. Y, con unos mimbres muy sencillos -la tierra, la familia, la memoria..., elaboró un denso tapiz sobre ese Sur que ella sintió tan entrañado. Leyéndola es difícil no estar de acuerdo con Sergio Pitlor cuando pondera: "Desde hace muchos años, la lectura de Eudora Welty me produce una fascinación próxima al delirio". ■

RETRATOS EN EL MOMENTO CRUCIAL

Durante los años de la Gran Depresión que pasó recorriendo el Sur de Estados Unidos como periodista, Eudora Welty dedicó su tiempo libre a tomar instantáneas de las gentes con las que se iba encontrando (se servía de una cámara que había sido de su ya difunto padre), reflejando su vida cotidiana y su brega por ganarse el pan. Llegó a sacar 1.200 imágenes que hasta 1971 no reuniría en un libro (*One Place, One Time*) y que constituyen un espléndido ejercicio de fotodocumentalismo, en línea con trabajos como los de Dorothy Lange. Por añadidura, la fotografía la ayudó a precisar su aún incipiente vocación literaria, en el sentido de que comprendió que, para capturar la vida íntima de sus personajes, debía ser capaz de disparar el dispositivo en el momento crucial.



"Home by Dark", de E. Welty.